

WALLS, Laura Dassow (2019). *Henry David Thoreau: Una vida*. Madrid: Cátedra. 624 pp.

Durante el siglo XIX, Estados Unidos experimentó una gran crisis interna. El joven país, fundado tras la Guerra de Independencia de 1776, pronto se encontró con múltiples contradicciones internas que enfrentaban la independencia de los Estados con la autoridad de la Unión, la legislación esclavista con la ética abolicionista y la defensa de la libertad, el desarrollo industrial con la celebración de la tierra virgen y de la vida de los nativos, etc. Y, en medio de estos conflictos, en Boston, nació la primera filosofía estadounidense: el trascendentalismo. Éste, que tenía una gran influencia europea y específicamente alemana e inglesa, se presentaba como una vía para reflexionar sobre la nueva cultura de Estados Unidos, sobre sus aspectos sociales y políticos, y también sobre su religión. Su fundador, Ralph Waldo Emerson, había sido pastor unitario y se había desligado de esta fe para profundizar en algunos aspectos filosóficos de su doctrina. El unitarismo no era solamente una doctrina religiosa, sino que ya en los primeros años del siglo XIX empezaba a constituirse como un movimiento político abolicionista y feminista, por medio de predicadores como William Ellery Channing. Por ello el trascendentalismo también estuvo especialmente unido a las acciones políticas y sociales en contra de la esclavitud; vinculadas a esta corriente encontramos a algunas de las primeras autoras feministas estadounidenses, como Margaret Fuller o Louisa May Alcott. Pero dentro del trascendentalismo hubo una inmensa

variedad de propuestas, entre las que destacaban diversas concepciones del idealismo (principalmente con influencias de Platón, Kant y Fichte) y del romanticismo. Entre sus miembros había numerosos pastores y predicadores religiosos, pensadores utópicos como Amos Bronson Alcott, poetas y novelistas como Nathaniel Hawthorne, y filósofos naturalistas como Henry David Thoreau.

Thoreau fue, quizás, el miembro más extravagante del círculo trascendentalista. Desarrolló un pensamiento dirigido hacia los temas comunes de este movimiento: la libertad, la auto-cultura, la poesía, la naturaleza..., pero pronto adoptó una perspectiva que cuestionaba los pilares fundamentales del trascendentalismo expuesto por Emerson. Éste, que se convirtió hacia 1837 en un mentor para Thoreau, había defendido el trascendentalismo como una forma de idealismo y propuso que la verdad sólo podía alcanzarse mediante una iluminación, siendo irrelevante la experiencia e incluso sus contradicciones con las ideas (especialmente en su ensayo “The Over-Soul”, 1841). Thoreau adoptó, por el contrario, lo que Laura Dassow Walls ha denominado un “holismo empírico” (*Seeing New Worlds*, 1995), que desarrolló especialmente a partir de la década de 1850 con el aumento de su interés en la historia natural y los estudios de Alexander von Humboldt y Charles Darwin. En su obra más conocida, *Walden* (1854), titulaba uno de sus capítulos “Higher Laws”, la misma expresión con la que Emerson se había referido a las verdades reveladas por

la Over-Soul, pero proponiendo, en contra de su mentor, una comunicación entre la parte ideal y la parte instintiva que componen la existencia humana y la ética. Hacia el final de su vida, Thoreau comenzó a escribir una serie de textos dedicados a la historia natural de su ciudad natal, Concord, y a la defensa de la teoría evolutiva mediante el estudio de la propagación de la vida vegetal. Estos escritos, sin embargo, quedaron casi por completo en el olvido hasta la década de 1990, cuando se comenzaron a editar y analizar los manuscritos.

Esta faceta de su filosofía, crecientemente empírica y crítica con el idealismo emersoniano, ha sido muy poco analizada hasta hace apenas dos décadas. Hasta entonces Henry Thoreau, nacido en Concord, Massachusetts, el 12 de julio de 1817, había sido casi siempre descrito como un discípulo y seguidor de Emerson, dedicado a intentar poner en práctica lo que éste había teorizado. Su obra *Walden*, fruto de su estancia durante dos años y dos meses en los bosques, ha sido comentada en consecuencia como una crónica de su experiencia y como una práctica idealista, individualista y solitaria, un prejuicio que sucesivos estudios han ido rechazando, llegando a afirmar, como hace Mary Elkins Moller, que el filósofo de Concord fue un autor profundamente interesado en los aspectos sociales de la vida humana (*Thoreau in the Human Community*, 1980). Numerosos críticos han encontrado en *Walden* una propuesta original por parte del autor dentro de la corriente trascendentalista, y otros un importante antecedente de las propuestas ecologistas actuales, incluso de la ecología como ciencia. Entre ellos destacan Philip Cafaro, Joan Burbick, Stanley Cavell, Antonio Casado, o Lewis Mumford. Laura Dassow Walls ha sido, por otro lado, quien con más coherencia y detalle ha analizado la relación de esta obra

con la ciencia de su época, y en particular con la historia natural. Ha publicado varios trabajos investigando la relación de la filosofía thoreauviana con la ciencia natural, atendiendo especialmente a sus conexiones con las obras de Alexander von Humboldt y Charles Darwin, que el autor de Concord leyó con gran pasión.

Entre los escritos de Walls podemos destacar: “Believing in Nature: Wilderness and Wildness in Thoreauvian Science”, en 2000 (en el volumen *Thoreau’s Sense of Place*, editado por Richard Schneider), “Articulating Huckleberry Cosmos: Thoreau’s Moral Ecology of Knowledge”, en 2012 (en *Thoreau’s Importance for Philosophy*, editado por Anthony Furtak), y su libro *Seeing New Worlds: Henry David Thoreau and Nineteenth-Century Natural Science*, en 1995. Esta autora también ha estudiado la concepción de la ciencia expuesta por Emerson (*Emerson’s Life in Science: The Culture of Truth*, 2003) y el impacto de Humboldt en el entorno estadounidense del siglo XIX (*The Passage to Cosmos: Alexander von Humboldt and the Shaping of America*, 2009).

Con esta biografía, publicada en inglés en 2017 y traducida al castellano en 2019 por Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Laura Walls nos presenta una magnífica síntesis de estas investigaciones con la vida y el contexto histórico de Thoreau, muy notable por su profundidad y el contraste de múltiples fuentes y estudios. Esto permite a la autora capturar facetas del filósofo que han pasado inadvertidas para la mayoría de biógrafos y críticos. Walls ha tenido el suficiente ingenio para realizar una biografía verdaderamente renovadora, en la que no solamente va más allá de los datos y las fechas (algo que ya hizo Robert Richardson en *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, 1986), sino en la que además nos proporciona una visión de conjunto del filósofo y del ambiente en

el que está inmerso, de sus antecedentes biográficos y sus influencias intelectuales, que muy pocas veces se habían conjugado antes en una única obra, y ninguna con tal extensión y riqueza de detalles.

Laura Walls nos conduce desde el comienzo a través de los antepasados de Thoreau, manteniendo un estricto orden cronológico hasta la muerte del autor. No obstante, los apartados no están divididos en razón del transcurso de los años sino de los acontecimientos (algo diferente, por ejemplo, a la ya clásica obra de Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau*, 1965). Esta división se adapta por un lado al interés central y tradicional en *Walden* como obra fundamental para entender la vida y el pensamiento de Thoreau, en torno a la cual Walls desarrolla la segunda parte de su biografía; y, por otro, a las investigaciones de la autora sobre las relaciones de Thoreau con la ciencia de su época. Este segundo aspecto, especialmente novedoso, se observa en varios apartados que, a lo largo del libro, van desarrollando la progresiva aproximación del filósofo a la ciencia natural y el empirismo: de forma muy notable, durante el desarrollo de *Walden*, a través de la influencia del *Cosmos* de Humboldt (1845); y, con mayor profundidad, en los dos últimos capítulos del libro, que abarcan su carrera científica desde 1857 hasta su muerte, en 1862, en la que destaca su adhesión a la teoría evolutiva a partir de la publicación del *Origen de las Especies* de Darwin (1859).

Es destacable que la autora dedique todo el primer capítulo del libro a desarrollar las circunstancias por las que se conocieron los padres de Henry, Cynthia Dunbar y John Thoreau, quienes padecieron las consecuencias de la Guerra de Independencia. Su historia, lejos de ser una narración curiosa para el lector, nos proporciona una visión pano-

rámica de la situación política y religiosa de Nueva Inglaterra antes y después de la guerra, en la que las familias de los dos protagonistas participaron. Además, nos ubica en el contexto de dos acontecimientos que marcarían gran parte de la perspectiva thoreauviana respecto a la situación de Estados Unidos: (1) el origen migrante de la población del Nuevo Mundo, con gran diversidad cultural y religiosa, y (2) el orgullo por la independencia, la importancia cultural de este acontecimiento y del enfrentamiento armado como símbolo de libertad.

Ambos factores aparecen en numerosas críticas políticas que el autor dirigió contra el mantenimiento de la esclavitud y la persecución de los esclavos fugados incluso en los Estados que se denominaban libres, como Massachusetts. Su discurso y ensayo "Slavery in Massachusetts", de 1854, tanto como el más famoso "Civil Disobedience" (originalmente publicado con el título "Resistance to Civil Government", en 1849), contiene muchas de estas críticas, mediante las que Thoreau acusó a sus conciudadanos de una grave hipocresía e insensibilidad moral. Ambos textos atacaban las políticas estadounidenses expansionistas y esclavistas, pero también la inactividad de aquellos que obedecían la ley aunque estaban moralmente en contra. Un importante detonante fue el arresto de dos esclavos fugitivos en Massachusetts, Thomas Sims y Anthony Burns, pese a que éste era un Estado libre, y a los que Thoreau se refiere en su discurso el 4 de julio de 1854 (una fecha especialmente representativa por la celebración del Día de la Independencia) y en varias entradas de sus diarios. Ante la Ley de Esclavos Fugitivos, que obligaba a todos los ciudadanos a perseguir y detener a quien fuera sospechoso de haber cometido este delito, forzaba a los abolicionistas a renunciar a sus principios o a caer en la

delincuencia. «Si no eras un cazador de esclavos, eras un criminal» (p. 318).

Frente a ello, los trascendentalistas vieron la necesidad de imponer el dominio de la ética sobre la política. Esto intentaron tanto Emerson como Thoreau: ambos se refirieron de este modo a las leyes superiores, en el sentido de principios morales necesarios para justificar nuestras acciones, incluyendo las decisiones políticas y el cumplimiento de las leyes. Para Emerson, la ley debía tener un origen divino y supranatural; para Thoreau, debía fundarse en los cimientos naturales de la vida, en el óptimo desarrollo de nuestras facultades y la reflexión sobre nuestros instintos salvajes. Desarrollando esta propuesta compuso sus conferencias “Moonlight”, “The Wild” y “Walking”, a lo largo de la década de 1850. Su filosofía a partir de este momento se comenzó a definir como una defensa de lo salvaje, de los impulsos naturales y la actitud feroz, que pone en duda los preceptos culturales vigentes. No obstante, tal vez ésta sólo fue una manera de encauzar sus ideas con mayor claridad y rigor: pues ya en *Walden* hallamos no sólo un relato de su vida, sino toda una crítica sobre las condiciones de la vida civilizada, un ejercicio crítico que se dirige mediante la renuncia a todo lo que no sea indispensable para vivir, es decir, la pobreza voluntaria.

Walls propone una sugerente relación entre estas propuestas filosóficas y la situación social y política que vivió Thoreau. A lo largo de su biografía encontramos, además, un desarrollo de las inquietudes y controversias personales del autor: sus conflictos entre la amistad y la soledad (producidos por su carácter serio y lejano, y una especie de introversión que pocos de sus conocidos pudieron apreciar), entre el amor a la naturaleza y la importancia de la sociedad (contraste que observamos en

numerosos capítulos de *Walden*), o entre su profesión de escritor y su gusto por el paseo (lo que en ocasiones se hacía incompatible al estar muchas horas al día escribiendo o preparando conferencias).

Pero el aspecto más novedoso y atractivo de esta biografía se encuentra en la profundización sobre la relación de Thoreau con la ciencia humboldtiana, tema que la autora ha investigado con gran profundidad y que ahora expone en relación con el resto de la vida del filósofo de Concord, analizando los vínculos entre estos elementos y una visión de su pensamiento como una progresión hacia un mayor empirismo y aprecio por el estudio científico (a lo que dedica especialmente los capítulos séptimo, décimo y undécimo). Tal desarrollo supuso una oposición a la filosofía expuesta por Emerson y centrada en la búsqueda de lo supranatural mediante una iluminación divina. Frente a ello, Thoreau reclamaría más *contacto* sensible con el entorno material, observando el paisaje completamente salvaje, inculto e inhóspito para la vida humana del monte Katahdin. Como indica Walls, «esto no significaba renunciar al trascendentalismo, sino darle un nuevo giro» (p. 281). Este cambio, que empezó a tomar forma entre 1849 y 1851, tal vez estuvo fuertemente marcado por sus experiencias en el monte Katahdin y en el cabo Cod, donde había naufragado el barco en el que viajaba Margaret Fuller. Al comienzo de *Cape Cod*, Thoreau describía la grotesca escena de los cuerpos sin vida en la orilla del cabo. Con su interés en los aspectos más materiales de la vida, dio más relevancia a la experiencia de los cuerpos, a su desarrollo y su degradación, que a las creencias sobre la existencia de un alma inmortal. Éste fue, principalmente, un interés científico, que fue intensificando a medida que leía a Humboldt y a Darwin. En su discurso de 1860 durante la Feria Agrícola de Middlesex, se opuso a

los defensores de la generación espontánea y de la intervención divina sobre las especies, sentenciando que ante tales afirmaciones debía imponerse *la carga de la prueba* (“The Succession of Forest Trees”, 1860). «Más personas leyeron “La sucesión de los árboles del bosque” en vida de Thoreau que cualquier otra cosa que publicara» (p. 470).

Con este enfoque, Henry Thoreau desarrolló una filosofía fundada en la crítica de la cultura y la civilización, y dirigida hacia la construcción de ideas más sólidas sobre la realidad del mundo que habitamos. Esta idea queda radicalmente expuesta en «cómo las identidades personales y sociales dependen de hechos y acciones materiales» (p. 352), algo que el autor intentó expresar a través de *Walden*. Estas condiciones en

las que vivimos determinan nuestras posibilidades, así como los mejores ideales que podemos perseguir como civilización. He aquí el mayor aporte de Laura Walls en la dilucidación de la propuesta filosófica thoreauviana y su contexto histórico: el estudio empírico de la realidad actual tiene para Thoreau una importancia ineludible para la cultura, por encima de la obediencia a los ideales y a la tradición, y es una vía necesaria para desarrollar nuestras capacidades humanas, nuestra libertad y nuestra autonomía. Como escribió el autor en su diario, en 1851: «Obedece la ley que revela, y no la ley revelada».

Diego Clares  
(Universidad de Murcia)

MARCOS, A. y PÉREZ MARCOS, M. (2018), *Meditación de la naturaleza humana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 393 pp.

Alfredo Marcos y Moisés Pérez Marcos inician su meditación desde las raíces de la filosofía, teniendo como pensamiento de fondo la corriente aristotélica. La obra tiene cinco partes. En la *Primera parte*, el hilo conductor busca responder quiénes somos los seres humanos. Para ello, se lleva a cabo una revisión de las propuestas filosóficas en torno al concepto “naturaleza humana”.

La idea de naturaleza ha ido cambiando a lo largo de la historia de la filosofía. En la antigüedad las posiciones más aceptadas fueron la de “esencia” (Platón) y la de “animal racional y social” (Aristóteles), esta última asumida especialmente en el medievo (Alberto Magno, Tomás de Aquino). En la modernidad, primero el mecanicismo produce una ruptura respecto a la concepción clásica de naturaleza, se

busca la independencia humana de las leyes naturales (Locke, Condillac); finalmente se acaba negando la idea de naturaleza humana (Fichte, Marx). A mediados del siglo XX, la negación de la naturaleza es asumida desde el conductismo y los existencialismos filosófico-literarios, o convertida en historia (Ortega y Gasset). Hoy, en el siglo XXI, nuestra identidad se ha vuelto confusa y domina el naturalismo.

En el proceso de naturalización radical de la naturaleza humana (naturalismo), Hume deriva sus argumentos hacia el emotivismo y el irracionalismo, y sus tesis incidirán en Kant, Darwin y especialmente Nietzsche. Frente a ellos, autores como N. Rescher y Th. Nagel se plantean hoy los límites del naturalismo y advierten que éste se halla en crisis (p. 17). En este contexto, Marcos y Pérez se cuestionan “si una